

# Aguas aéreas

## Las palabras de Konstantinov

David Huerta

En el largo poema “*Esthétique du mal*” (versos de la sección XIV), Wallace Stevens (1879-1955) hace comparecer al novelista y revolucionario Victor Serge (1890-1947). Es sorprendente: el poeta de la sutileza metafísica, del orden sublime, de la extrañeza en el orden imaginativo, se nos presenta aquí en conversación con el eterno disidente ruso-francés-belga, uno de los personajes más admirables del siglo XX y de las tragedias de fuego y sangre con las cuales quedó sellado para las memorias del oprobio.

Basta ver las fechas de nacimiento y muerte de los dos para darse cuenta de un hecho significativo: pertenecían a la misma generación, unidos en el tiempo histórico y separados por las aguas oceánicas. Luego se acercarían extrañamente, más o menos, en la geografía: Serge murió en América, en México, lejos de Bélgica, donde nació, y de Rusia, el país de sus obsesiones como militante político y fondo ineludible de prácticamente todos sus libros.

La misma generación no quiere decir la misma andadura vital, desde luego, lo cual resulta evidente ante Stevens y Serge; pero no deja de ser, como he escrito líneas arriba, un hecho significativo esta convergencia de fechas, en combinación con las divergencias en las ideas, en las vidas y en las posturas filosóficas, si queremos llamarlas así. Hay otra convergencia: algunos lectores devotos de Wallace Stevens lo somos también de Victor Serge. El título del poema, en un francés enraizado en Charles Baudelaire, apunta a las dos orillas de la cuestión: el estudiado esteticismo afrancesado de Stevens, en primer lugar; la lucha contra el mal librada por Victor Serge a lo largo de su vida de perseguido y exiliado. En el recuadro adjunto pueden

leerse los versos de Stevens y una traducción informativa, en prosa.

Como novelista, Victor Serge estuvo interesado en diversos asuntos de orden estético, igualmente abordados por Wallace Stevens en verso y en prosa reflexiva; a la recíproca, el poeta norteamericano reflexionó largamente acerca de temas morales y políticos fundamentales para Victor Serge. Diferían en muchos puntos; pero sus coincidencias resultan enormemente interesantes y estimulantes para la necesaria consciencia crítica de nuestro tiempo, y para seguir aclarando el panorama, si eso es posible, en torno a las calamidades del siglo pasado. Me refiero con esto último a esa dimensión infernal de la historia moderna, fácilmente puesta en cifra con una sola frase: “los crímenes de Stalin”, con una secuela espeluznante posterior a la muerte del tirano (en 1953) en la Unión Soviética. Esto es especialmente urgente en nuestro país: un historiador europeo —era, creo, Henri Lefebvre— afirmaba luego de estar entre nosotros: “El último estalinista del mundo morirá en México”. Así será, tristemente.

La sombra de la Revolución fue densa y acuciante para ambos: madre medeica en el trance espantoso de devorar a sus hijos, largo momento auroral o alba de los tiempos, “ingeniería de almas” y vasto proceso de mutación social, la Revolución fue vista desde lejos por Stevens y vivida desde muy adentro por Serge. Al poeta le parecía una especie de rizoma ponzoñoso, gigantesco, inmensamente destructivo; Serge la veía como un problema multidimensional en el corazón de los tiempos, desbordante de pasiones y de ideas, llena de energía —un fenómeno de magnitudes cósmicas. Era para Serge como una espe-

cie de conmoción telúrica semejante a la erupción de un volcán, como el Parícutín, de cuyos primeros días en tierra michoacana fue testigo el escritor exiliado. El poema stevensiano “*Esthétique du mal*” comienza con imágenes volcánicas, evocadoras de la muerte de Plinio el Viejo, mártir de la ciencia; hay volcanes, también, en las páginas ardientes de *Los años sin perdón*, la novela de Serge publicada en 2014 por la Universidad Veracruzana.

Ahora conocemos con pormenor las dimensiones del quebranto revolucionario; podía saberse desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde los despliegues de la conducta “revolucionaria” de Lenin como agitador amparado por el Káiser y el torvo asalto al poder de los bolcheviques en 1917.

Uno de los protagonistas secretos de la tragedia del siglo XX, el italiano Nicola Chiaromonte, afirmaba con aplomo admirable: el movimiento socialista murió en ese largo momento en el cual fue incapaz de impedir el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Nunca he leído o escuchado una postura tan radical y tan lúcida: es posible, en verdad, fechar la debacle del socialismo y de sus ideas —o específicamente del movimiento sindicalista— en el momento de enfrentarse sin éxito a los poderes constituidos, cuando las consignas de diversos nacionalismos prosperaban en forma estridente y el fervor ante la guerra inminente (y deseada) iba encendiéndose por toda Europa y algunas regiones del Oriente Cercano. He aquí algunos de los hitos para explicar en secuencia las secuelas de ese fracaso monumental: la liquidación de los sindicatos por una orden de Lenin a principios de los años

*Esthétique du mal*  
Wallace Stevens

XIV

Victor Serge said, "I followed his argument  
With the blank uneasiness which one might feel  
In the presence of a logical lunatic."  
He said it of Konstantinov. Revolution  
Is the affair of logical lunatics.  
The politics of emotion must appear  
To be an intellectual structure. The cause  
Creates a logic not to be distinguished  
From lunacy...

Traducción en prosa: *Victor Serge dijo: "Sigo su demostración con la sorda inquietud que se experimenta ante los enajenados razonadores". Hablaba de Konstantinov. La revolución es asunto de razonadores enajenados. La política de la emoción debe surgir como una estructura intelectual. La causa crea una lógica que no se distingue de la locura...*

Nota: El pasaje entrecomillado está tomado de la traducción de Tomás Segovia del libro *Memorias de un revolucionario*, de Victor Serge (Ediciones El Caballito, México, 1973). En el original francés, la frase "logical lunatic" está en plural: "aliénés raisonnéurs", como en la traducción de Segovia: "enajenados razonadores".

veinte; el irresistible ascenso del criminal Stalin y su dictadura feroz, hasta su muerte en 1953; las fallas filosóficas, metodológicas, políticas, del marxismo instrumentalizado por los partidos y las diversas militancias, y su implacable dialéctica totalitaria; los asedios de los imperialismos y fascistas enemigos del paradigma socialista o comunista. Hay muchas explicaciones más, incluidas la *glasnost* y la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov; también hay en todo ello hechos curiosos y desagradables, como las cuantiosas contribuciones económicas de los Legionarios de Cristo, y su profeta Marcial Maciel, al sindicato polaco Solidaridad. Esas explicaciones son de todo pelaje, unas más extravagantes, otras menos, todas insuficientes. La más valiosa y digna de atención me parece la de Chiaromonte. No olvido la mención de Czesław Miłosz a Chiaromonte en un poema muy hermoso.

Como integrante de la vieja izquierda mexicana —desbaratada en años recientes por la corrupción, la mentira y la criminal mala memoria—, puedo dar este pequeño testimonio (podría dar muchos otros, pero eso sería contar mi vida), decisivo para mí, quizá para nadie más: cuando de niño leí, transido de emoción, el libro *Poema pedagógico*, de Antón Makarenko, nunca imaginé cómo años después

quedaría profundamente impresionado por el destino de sus protagonistas. Eran estos los "niños de la calle" (huérfanos de guerra, pobres de solemnidad, víctimas de la historia y sus convulsiones) rescatados por los revolucionarios soviéticos y educados en el altruismo socialista; es decir, personajes de una especie de idilio redentorista o salvífico de signo secular. Esos niños se convirtieron más tarde en delatores, espías, policías políticos, policías a secas, burócratas del *gulag*, asesinos a las órdenes de Stalin, verdugos *de comunistas*, entre otras cosas. Eso, para no hablar del repugnante lirismo del título del libro de Makarenko: la educación con un "sentido social y revolucionario" vista como un "poema"; esa poesía pedagógica era el complemento o la continuación de la "ingeniería de almas" del socialismo en la Unión Soviética: el propósito era, como se puede ver, entrar a saco hasta lo más hondo de los seres humanos para modificarlos de acuerdo con los dictados del proyecto de regeneración social y política. No son esos los frutos deseables de la educación y del "sentido social" de esta. Basta por el momento.

Vuelvo a estos dos autores: el poeta y el revolucionario. Y el tercer término de la escena del poema de Stevens: un personaje llamado Konstantinov.

Muestra su juego y me entrega su secreto. El secreto es que todo ha sido traicionado. En vida de Lenin la traición se instaló en el Comité Central. Sabe los nombres, tiene las pruebas. No puede decírmelo todo, es demasiado grave, se sabe lo que se sabe. Si sospecharan que lo sé por él, estaría yo perdido. Es inmenso y temible. Se necesita, para hacer frente a ese complot, una lucidez sin fondo, un genio inquisitorial, una prudencia absoluta. Con peligro de su vida, somete al Comité Central sus análisis del inmenso crimen que estudia desde hace años. Murmura nombres extranjeros, los de los capitalistas más poderosos y otros más a los que presta un significado oculto. Menciona una ciudad del otro lado del Atlántico. Sigo su demostración con la sorda inquietud que se experimenta ante los enajenados razonadores. Y veo que tiene el rostro inspirado de un loco: "No hemos hecho la revolución para llegar a esto".

La locura de Hamlet, dice Polonio, "tiene método". Konstantinov padece una suerte de *hamletismo* revolucionario. Memorablemente, G. K. Chesterton decía: un loco lo ha perdido todo, menos la razón. ¿Es un loco así Konstantinov? Es un lógico lunático, un razonador enajenado, un alienado dueño de un sistema y de poderes delirantes de deducción y de análisis. Y también es o ha sido un hombre empeñado en una tarea inmensa y desgarrada de transformación social: la revolución. Esa palabra ("revolución") y sus resonancias de toda índole están en el corazón de Konstantinov, como lo estuvieron en el de Victor Serge.

La irrupción de Konstantinov en "*Esthétique du mal*" es un momento deslumbrante de la poesía moderna. Wallace Stevens, sin embargo, pasó por alto la frase final del personaje evocado por Victor Serge: "No hemos hecho la revolución para llegar a esto". Esa palabra tan simple, *esto*, está llena de imágenes atroces; y la decepción trágica, la frustración y la desesperación de Konstantinov, su locura, quedan como redimidas por esa última y patética declaración de una fe hecha trizas en el remolino volcánico de la historia. **U**